BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

CAPITULO TERCERO

La Virgen María, Medianera Universal de todas las gracias

1.—Ideas generales: Plan de este capítulo. 2.—La Reina de los Santos. 3.—La Madre de pecadores. 4.—El Rosario: Nuestra Señora del Rosario de Fátima.—El general Riego y el Rosario. Profecías de la Madre Rafols sobre el Rosario. (Cristo del Consuelo, Cristo del Desamparo. Juicio crítico.) 5.—El Escapulario del Carmen. 6.—La Medalla Milagrosa. 7.—Las tres Avemarías. 8.—Favores temporales obtenidos por la mediación de María. 9.—Modo de presentarse el milagro, para su valor apologético. 10.—Ridículos ardides de los enemigos del milagro.

1.—IDEAS GENERALES: PLAN DE ESTE CAPITULO

Jesucristo vino al mundo para pagar la deuda que habíamos contraído con nuestros pecados.

Nadie pone en duda que el delito de injuria es tanto más grave cuanto más excelente sea la persona injuriada. Por eso el hombre, al ofender a Dios, contrajo una deuda infinita que ninguna criatura era capaz de pagar. Las satisfacciones que fueron ofrecidas por Jesucristo son, en cambio, de tal valor, que bastaba la más pequeña de ellas para pagar nuestra deuda. No se contentó, sin embargo, con un pequeño sacrificio; quiso llevar una cruz tan pesada, que se hizo necesario, cuando subía al Calvario con ella, buscar un hombre que le ayudase a llevarla; y sabemos que este hombre, en el que estamos todos representados, ayudó a Jesús de mala gana y mediante precio.

No nos hemos de detener a meditar los misterios que encierra la cooperación humana prestada en esta forma; pero tampoco hemos de limitarnos a considerar el simbolismo de la acción del Cirineo; debemos meditar también en el que encierra la figura de San Juan, el discípulo amado, al pie de la cruz, porque tiene relación particular con la materia de que vamos a tratar.

Cuando Jesús fué elevado en la cruz, como víctima colocada entre el cielo ofendido y el mundo ofensor, empezó pidiendo, como Hombre, a su Eterno Padre, perdón para sus hermanos. Después, como Dios, absolvió al Buen Ladrón, en el que

están representados los pecadores que quieren decir de corazón: "Venga a nos el tu reino".

Parece que no podía ir más allá la mansedumbre de Jesús y su deseo de reconciliarse con los hombres; y, sin embargo, fué más lejos. Es verdad que, por ser El nuestro Dios, nuestro Padre y nuestro Hermano, tenemos motivo para confiar en que no nos faltará su amor; pero pudiera pensarse que en nuestras relaciones con la divinidad sería de desear que contásemos a nuestro favor con otro afecto más acogedor aún que el del padre y los hermanos: con el amor de una madre. Y vamos a ver que tampoco este afecto nos falta, por especialísimo don de Dios.

Nuestra primera madre, Eva, había perdido para todos nosotros la felicidad del Paraíso, por el pecado que nuestro primer padre, inducido por ella, cometió al pie del árbol cuyos frutos estaban prohibidos. Cristo, pendiente del árbol de la cruz, tenía a sus pies a (la segunda Eva), la que había de quebrantar la cabeza de la serpiente engañadora, según la promesa del Paraíso. Volvió hácia Ella sus moribundos ojos, y con toda la ternura de su agonizante corazón, le pidió para nosotros el más grande de los favores; le suplicó que tomase por hijos a los que éramos la causa de aquel espantoso drama.

No se atrevió a señalar a todos los que estaban en el Calvario, y decir a su Madre: "Ahí tienes a tus hijos". Fué escogido como representante de la Humanidad deicida, aquel que podía sustituir al hijo moribundo con menos dolor para el corazón de la Madre; pero cuando María oyó esta tristísima recomendación: "Mujer, ahí tienes a tu hijo", entendió muy bien que no se le pedía que su amparo maternal fuese sólo para Juan, sino para todos los hombres. Para los que, como Simón, necesitan el precio de arriendo de su trabajo al ayudar a Jesús a pagar la deuda que ellos mismos contrajeron con sus pecados; y hasta para aquellos mismos que habían clavado en la cruz a Jesús, si querían reconciliarse con El.

El corazón de María quedó atravesado con una nueva espada; pero imitó la generosidad de Jesús moribundo; aceptó el sacrificio, y quedó constituída dispensadora del tesoro de la Redención para todos sus nuevos hijos. Y Jesucristo, nuestro hermano mayor, dispuso desde entonces que todas las gracias que en su infinita bondad hubiera de dispensar en lo sucesivo al género humano y a cada uno de los hombres, pasasen por las manos de nuestra Madre común, la Virgen Santísima, de modo que sin su mediación no hayamos de conseguir gracia alguna del Señor, y con ella podamos alcanzarlas todas.

Tal fué el sentido en que la Santa Iglesia entendió siempre

BIBLIOTECA GENERAL U.A.N.L.

este pasaje del Evangelio, y tal la significación que tiene la doctrina de la Mediación Universal de María, de la que confiadamente cabe esperar que en día no lejano habrá de ser declarada dogma de Fe, y cuya fiesta celebra ya toda la Iglesia el 31 de mayo, como coronación del mes dedicado a la Virgen, recordando en el Evangelio de la Misa de aquel día la escena del Calvario que acabamos de describir.

En relación con tal privilegio de la Madre de Dios y Madre nuestra celestial, nos proponemos exponer en este capítulo numerosos prodigios que demuestran que la devoción a María, bajo múltiples formas y prácticas piadosas, es y ha sido siempre fuente de toda gracia para el pueblo cristiano.

Primeramente estudiaremos la invocación de "Reina de los Santos" con que la Iglesia saluda a María como tesoro y dechado de toda santidad y como especial protectora a la que deben la suya los bienaventurados a quienes veneramos en los altares.

Expondremos después la eficacia maravillosa de algunas devociones marianas difundidas por toda la cristiandad, como son el Santo Rosario, el Escapulario del Carmen, la Medalla Milagrosa y las Tres Avemarías.

Haremos luego el estudio crítico, por vía de ejemplo, de un gran milagro de la Virgen, en el que concedió un favor temporal, y terminaremos el capítulo con algunas reflexiones sobre el valor apologético del milagro y su constancia en la historia de la Iglesia hasta los tiempos actuales.

2.—LA REINA DE LOS SANTOS

Si María es la Medianera de todas las gracias, a Ella tienen que deber su santidad los taumaturgos a quienes veneramos en los altares. La lectura de las vidas de los Santos convence de esta verdad. Podríamos también citar muchas revelaciones que lo confirman, sobre todo en las vidas de los Fundadores de Ordenes Religiosas; porque a unos les dictó la Regla de la Fundación; a otros les enseñó el modelo del Hábito que debía adoptar la Orden, y a muchos les anunció expresamente que por su mano les vendría el auxilio necesario para el éxito de la empresa.

La Iglesia concluye la Letanía Lauretana llamando a María "Reina" de cada una de las categorías de Santos. La llama "Reina de los Apóstoles", que fueron los primeros taumaturgos del Cristianismo. El que intentare negar la verdad de los milagros que nos refiere San Lucas en los "Hechos de los Após-

toles" y de los que se leen en las Actas de los Mártires, no podrá explicar el fenómeno de la conversión del mundo. Por eso decía Dante, repitiendo el argumento de Tertuliano:

Se il mondo se rivolse al Cristianesmo
Diss'io, senza miraculi, quest'uno
E tal, che gli altri non sono el centesmo (1).

Para convencernos de la fuerza de este argumento, podemos comenzar aplicándolo a los milagros de Jesucristo; porque, al ver que todos los Apóstoles y Evangelistas padecieron el martirio en defensa de la divinidad de su Maestro, tenemos que suponer que esta fe nacía de las pruebas que Cristo les había dado de ella; es decir, de los milagros con que la había confirmado. Pues bien; si nos convence de la verdad de los Evangelios el martirio que sufrieron sus autores y todos los Apóstoles, igual fuerza probatoria tendrá sobre nosotros la contemplación de los mártires que derramaron su sangre en los primeros siglos de la Iglesia.

Durante este tiempo hubo diez Emperadores que decretaron la muerte de todos los cristianos, y bajo los edictos de Nerón, Domiciano, Trajano, Antonino-Vero, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano se contaron los mártires por millones en todo el imperio de los Césares.

A pesar de esto, las conversiones se multiplicaban constantemente; y tenía que suceder así, porque fueron muchas las veces en que el agua se negaba a ahogar en sus ondas a los discípulos de Jesús, las fieras azuzadas en el Circo para devorarlos se postraban a sus pies, los instrumentos del suplicio y los ídolos de los falsos dioses se hacían pedazos ante sus oraciones; y a la vista de estos prodigios se convertían hasta los mismos verdugos y pedían el martirio en compañía de aquellos a quienes iban a sacrificar.

Muchos de estos asombrosos milagros de la época de las persecuciones han quedado consignados en las Actas de los Mártires, que no han podido ser impugnadas, a pesar de haber pasado por el crisol de la crítica más severa a que las han sometido autores poco sospechosos de excesiva credulidad, entre los que se cuentan: Mabillon, Baillet, Fleuri, Natal Alejandro, Ruinart, Papebroche, Holstenio y Tillemont.

"Durante la persecución vandálica, el Rey Hunnerico dió orden de que a los confesores de Cristo les fuesen cortadas las manos y arrancadas las lenguas. Hecho esto, por gracia del

(1) Si el mundo se convirtió al Cristianismo sin milagros, esto sólo es ya un milagro tan grande que los demás no son ni la centésima parte.

BIBLIOTECA GENERAL U.A.N.L.

Espíritu Santo, los mártires de Cristo, meneando los labios, formaban palabras con igual facilidad que antes. "*Ahí está en Constantinopla, el Diácono Reparato, uno de ellos, que perora sin embarazo y con mucha elegancia*", escribía Víctor Obispo Vitense. Eneas de Gaza, contemporáneo de Víctor, en un diálogo que intituló "*Theophrastus*", celebra estos confesores africanos, testificando que, después de cortadas de raíz las lenguas por el tirano, los vió y oyó cómo articulaban, y no pudiendo con el asombro, les registró las bocas, y visto que les faltaban las lenguas, no tanto se maravilló de que hablasen cuanto de que no hubiesen muerto con tan cruel carnicería. Procopio de Cesarea confirma la relación; y el Emperador Justiniano, Marcelino; Víctor, Obispo de Tonno; San Gregorio, Papa, en sus "Diálogos", van acordes en relatar este suceso. Todos, menos San Gregorio, fueron testigos de vista o contemporáneos...; todos testifican estas dos cosas: que les fueron arrancadas las lenguas desde la faringe y que decían palabras sin dificultad, con toda perfección" (1).

De lo expuesto se deduce que la conversión del mundo en los primeros siglos de la era cristiana no fué el milagro moral que se necesitaba, según decían Tertuliano y Dante, para que este triunfo se lograse sin prodigios que acreditaran la verdad de la doctrina cristiana. Fué, por el contrario, consecuencia lógica de la multitud de portentos con los que Dios hizo ver a los hombres cuál era la verdadera religión revelada.

Aunque en el siglo IV era ya el cristianismo la religión del antiguo imperio romano y se había extendido también por los países que vivían bajo su influencia, quedaban todavía muchas naciones sin evangelizar, y para traerlas a la Iglesia se necesitaban nuevos taumaturgos. Por otra parte, aun dentro de las naciones que abrazaron la fe cristiana ha querido conservar Nuestro Señor en sus Santos el privilegio de hacer milagros. De aquí que podamos escoger cualquiera de los siglos que van desde el IV hasta el actual, en la seguridad de encontrar en él centenares de Santos canonizados por los prodigios que obraron.

Ningún medio será, por tanto, mejor para demostrar esta afirmación que hacer ver que la Iglesia sólo admite para la canonización de sus Santos aquellos hechos milagrosos que están perfectamente probados.

He aquí un caso que demuestra cuán riguroso es este examen. Está tomado de la vida de San Francisco de Regis, es-

(1) P. Juan Mir, S. J. "El Milagro", tomo 2.º, pág. 518, en donde se cita el lugar de las cinco obras en que estos escritores narran el suceso.

crita por el Padre Daubenton, que fué Postulador de la causa de canonización. Un Monseñor de la Curia Romana era amigo de un caballero inglés, calvinista, al cual le dió a leer las actas del proceso de canonización. Se discutía en ellas la aprobación de varios milagros; el caballero leyó con sumo interés las pruebas aducidas, y devolvió los papeles al Monseñor diciéndole: "Esta sí que es manera segura de probar los milagros. Si la verdad de todos los que la Iglesia Romana pregona se apoyase en instrumentos tan ciertos y auténticos, no podríamos burlarnos de los milagros que nos vendéis". "Pues ha de saber vuesa merced, le respondió el Monseñor, que de todos esos milagros que le han parecido tan sólidamente probados, ni uno sólo mereció la aprobación de la Sagrada Congregación, por no parecerle suficientes las pruebas". Atónito y espantado el calvinista, tuvo que reconocer que sólo de mala fe o por ignorancia de cómo se examinan los hechos en los procesos de canonización, se podían discutir los milagros que aprueba la Iglesia.

Si se quiere conocer algún ejemplo de estas actas de canonización, puede verse el tratado "De Servorum Dei beatificatione", publicado por el Cardenal Lambertini, que después fué Papa con el nombre de Benedicto XIV, en donde el autor nos cuenta que, por su cargo de Promotor de la fe, tuvo que intervenir en el proceso de canonización del Párroco de Mattaintcourt, Pedro Fourier, muerto en 1640. Uno de los muchos milagros que se examinaron en este proceso fué la resurrección de los dos hijos de Teodoro de Huz, Magistrado de Toul. Eran dos niños de seis y cuatro años, que cierto día que estaban en Toul jugando junto a un carro cargado con un gran barril de vino, lo empujaron en forma que se les cayó encima aplastándoles el cuello y el pecho. Cuando llegó el carretero, llevaban tres horas debajo del carro. Como éste no pudiese con solas sus fuerzas levantar tanto peso, tuvo que buscar quien le ayudase. Estaban ambos niños yertos de frío, lívidos los rostros, las lenguas fuera de la boca, los labios cubiertos de espuma y rotos los huesos del pecho. El médico y el cirujano, al verlos sin movimiento, los sangraron sin lograr sacarles gota de sangre; les echaron cordiales en la boca; los envolvieron en sábanas mojadas con vino caliente y en pieles de carneros desollados; pero todo fué inútil, pues no se consiguió que diese ninguno de ellos señales de vida. Pero vino su madre; les puso en la cabeza un solideo que había usado en vida Pedro Fourier, e inmediatamente abrieron los ojos, se levantaron y fueron a la iglesia a dar gracias a Dios al otro día, porque aquel ya era tarde para ir a ella. De la iglesia marcharon a la escuela sin rastro de fractura de los huesos rotos ni incomodidad alguna. Pues bien; a pesar de tratarse de un milagro tan evidente, el futuro Papa, entonces Cardenal Lambertini, nos hace la relación de las muchas dificultades que encontró su aprobación.

Hay que reconocer, sin embargo, cuán frecuente es que las personas piadosas se aparten de la prudencia de la Curia Romana, y para dar mayor interés a sus relatos, prescindan de la explicación natural de las cosas o se hagan eco otras veces de portentos novelescos, contribuyendo con esto a que los enemigos de nuestra fe tomen pie de estos abusos para medir todos los hechos portentosos con un mismo rasero y consigan que, aun entre los mismos católicos, se miren con desdén y desconfianza todas las relaciones de fenómenos sobrenaturales.

Para evitar este escollo, podemos contentarnos con los milagros aprobados en los procesos de canonización, añadiendo solamente los que fueron muy públicos, si están narrados por contemporáneos dignos de crédito.

Estas dos condiciones las reúnen muchos de los realizados por Santos de Ordenes Religiosas, y que están atestiguados por sus compañeros de Religión o por los fieles que oían sus sermones. En este caso están los de taumaturgos tan esclarecidos como San Benito, San Agustín, San Bernardo, San Francisco de Asís, San Francisco de Paula, San José Cupertino, San Alfonso María de Ligorio, San Pablo de la Cruz y otros muchos, entre los cuales vamos a escoger solamente dos españoles: San Vicente Ferrer y San Francisco Javier.

Del primero dice el Padre Mir, en su citada obra "El Milagro" (tomo 2.°, pág. 628): "San Vicente fué el pasmo del orbe, por los milagros que obró. Cosa singular era que hablando su dialecto valenciano le entendiesen griegos, sardos, húngaros, bretones, alemanes, ingleses, franceses, italianos, como si les hablara en sus idiomas propios. Dotóle Dios del don de profecía, que le mostraba con claridad cosas ausentes y ocultas, y aun le rompía el velo que cubre el interior de las almas. La gracia de hacer milagros fué también señaladísima. En solo cuatro procesos se cuentan ochocientos sesenta, no comprendidos los de España, que salen de cuenta. Tuvo particular eficacia en arrojar demonios de los cuerpos; santiguaba las tempestades, y en un punto se deshacían; paralíticos, sordos, mudos, epilépticos, ciegos, dementes, se sentían con entera salud a su presencia a muy poca costa. En una ocasión alimentó con quince panes a dos mil hombres; finalmente, restituyó en público a cadáveres helados el vigor que antes tenían. A la luz de tantos resplandores amanecían arrepentidos moros y ju-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

dios a miles, y alentados a penitencia grandes pecadores, con cuyas conversiones se mudó en breve tiempo la faz de Europa".

En la Bula de canonización de San Francisco Javier se leen estas palabras: "*De repente, enseñado por Dios, hablaba lenguas que antes no sabía de naciones desconocidas, elocuentísimamente como si se hubiese criado en aquellas tierras; y tal vez había acontecido que, predicando el Santo a pueblos de diversas naciones, con estupor y pasmo le oyese cada uno a un mismo tiempo hablar las grandezas de Dios en la propia lengua en que cada uno había nacido*". "*Todos los elementos*, dicen los Jueces de la Rota, *fueron testigos y pregoneros de su santidad. Hacía la señal de la cruz sobre vasijas de agua salada y ésta se volvía dulce y de peregrino sabor; salían a manadas los tigres a comerse las criaturas, y él, echándoles agua bendita, los ahuyentaba y exterminaba; fué visto por cincuenta testigos en dos naves a un tiempo, multiplicando presencias, tocaba los enfermos con sus manos y recibían salud; por mano de niños enviaba cruces, rosarios, cualquier cosa, y remediábanse en el acto necesidades extremas; tomaba de las manos a los cadáveres y los muertos resucitaban*". "Los muertos a quienes devolvió la primera lozanía son sin disputa veinte, aprobados en los procesos de canonización. Fuera de éstos resultan cuarenta y ocho, según relaciones fidedignas. *Pero yo creo que son muchos más*, dice el Padre García, *porque en los procesos de Cochín, Malaca, Bacaín y Goa se repite varias veces ser fama común y cierta que resucitó muchos en la costa de la Pesquería, muchos en Malaca y muchos en Japón, y otros testigos universalmente deponen que creían haber sido muchísimos, y con todo eso son pocos los que sabemos en particular de estas partes, que son los que entran en la cuenta que hemos hecho*". (P. Juan Mir. "El Milagro", tomo 2°., página 637.)

Para persuadirnos de más particular manera de la Mediación de María en los prodigios de los dos taumaturgos españoles de que acabamos de hablar, bástenos saber que San Vicente era hijo, en Religión, de Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden divulgadora del Santo Rosario, y San Francisco Javier afirmaba que encontraba rebeldes a los infieles mientras no les enseñaba la imagen de María con la de Jesús.

3.—LA MADRE DE PECADORES

Es costumbre en los pueblos de Oriente intercalar fábulas o cuentos en la exposición de sus doctrinas, para hacerlas más amenas y fáciles de comprender. Jesucristo siguió esta práctica, valiéndose de parábolas, entre las que es muy célebre la del Hijo Pródigo.

Para explicar a sus oyentes el afán que siente Dios por acoger y perdonar a los pecadores, empleó tres parábolas. En la primera establece la comparación con un pastor al que se le ha perdido una oveja y que, así que la encuentra, la trae sobre sus hombros al redil. En la segunda afirma la semejanza con el ansia que siente una pobre mujer al buscar una moneda que ha perdido.

Después de exponer estas dos parábolas, el P. Remigio Vilariño, en su célebre Vida de Nuestro Señor Jesucristo, llega a la del Hijo Pródigo y dice: "Y en fin, para completar aquella misma doctrina, dijo aquella preciosísima y sin igual parábola del hijo pródigo, idea divina, parábola dulcísima, retrato el más amable de la misericordia de Dios, consuelo de todos los pecadores, imagen acabada de la ruindad y degradación del hombre que huye de Dios, y de la magnanimidad y estupenda caridad de Nuestro Señor que lo redime. No son las palabras de un hombre que se figura cómo ha de ser la bondad divina; no son encarecimientos de un predicador que quiere inspirar confianza a su auditorio; no son visiones de una alma blanda y cariñosa que se imagina la bondad del Señor como ella quiere; no. Son palabras de Dios, son aseveraciones del Señor ofendido por los pecadores, son escrituras hechas con la más generosa sangre del Corazón divino. Voy a poner la parábola y voy a ponerla sin cambiar un ápice del texto evangélico, para que sepamos todos los pecadores cómo nos quiere tratar Dios, cómo le tratamos nosotros a El, lo que sin El somos y lo que con El podemos ser. Toda la historia del corazón humano está en esta preciosa parábola. Decía así: "*Un hombre tenía dos hijos. —Y dijo el menor de ellos al padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde. —Y les repartió la hacienda. —Y al cabo de no muchos días el hijo menor, habiendo recogido todas sus cosas, se fué a una tierra lejana, y allí malbarató su hacienda viviendo licenciosamente. —Cuando había gastado todo, hubo en aquella tierra una gran hambre, y él empezó a pasar necesidad. —Y se fué y se allegó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a sus dehesas a guardar puercos. —Y estaba deseando llenar su vientre de las bellotas que comían los puercos, y nadie se las daba. —Entretanto, pues, dentro de sí, dijo: ¡A cuántos jornaleros de mi padre les sobra pan! ¡Y yo aquí me muero de hambre! Voy a levantarme, voy a ir a mi padre y a decirle: Padre, he pecado contra el cielo y delante de ti; ya no soy digno de llamarme hijo tuyo; recíbeme como uno de tus jornaleros. —Y*

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

se levantó y vino a su padre. —Y cuando aún estaba lejos le vió su padre, y se conmovió de misericordia, y corriendo hacia él se le echó al cuello y le besó. —Y le dijo el hijo: ¡Padre! he pecado contra el cielo y delante de ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo... —Mas el padre dijo a sus criados: ¡Pronto!; traed el mejor vestido y vestídselo, y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies, y traed el novillo cebado y matadlo; porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y ha sido hallado. —Y comenzaron el festín" (1).

Continúa Jesucristo su parábola diciendo que llegó de fuera el hijo mayor y se enfadó porque vió que a su hermano, el pródigo, lo honraban más que a él, que siempre había sido bueno.

Muy justos son los encomios que hace el P. Vilariño de la parábola; pero la misericordia de Dios con los pecadores va más allá que la que tuvo el padre del hijo pródigo.

Jesucristo hace más que él, pero no quiso exponer en la parábola el extremo hasta donde pensaba llegar. Si hubiera querido decirlo, hubiese podido concluir su relato en una forma parecida a ésta: "Y mirando cómo se hartaban los cerdos de las bellotas que a él no le dejaban comer, se acordó de la casa de su padre. Levantó los ojos y vió que venían hacia él su madre y su hermano mayor, que le decían: Tu padre nos ha dado el anillo y el vestido que hemos de ponerte, como prendas de que sigues siendo hijo suyo, y nos ha dicho cómo le has de hablar cuando llegues a su presencia".

Esto es, en efecto, lo que hace nuestro Padre Celestial, valiéndose de la Virgen Madre de Pecadores y de nuestros hermanos mayores, los Santos.

Unas veces se presenta María acompañada de Santo Domingo, para recomendarnos el Rosario; otras, con San Simón Stock, trayéndonos el vestido de su escapulario del Carmen; se aparece a Sor Catalina Labouré, para ofrecernos su Medalla Milagrosa; le explica a Santa Matilde la manera cómo hemos de valernos de la devoción de las Tres Avemarías; y en todas estas ocasiones hace que los milagros confirmen la verdad de sus apariciones y de sus promesas.

4.—EL ROSARIO

Cuando Santo Domingo de Guzmán ardía en deseos de convertir a los herejes albigenses y pedía a la Santísima Virgen

(1) P. Remigio Vilariño, S. J., "Vida de N. S. Jesucristo", 6.ª edición, pág. 447.

que le alcanzase esta gracia de su divino Hijo, le reveló Nuestra Señora que el medio más eficaz de conseguir su intento sería la propagación del rezo de su Santo Rosario.

Fácil es comprender la belleza de esta devoción, pues se juntan en ella las oraciones vocales más hermosas que tiene la Iglesia, que son el Padrenuestro y el Avemaría, con la meditación de los principales misterios de la Vida, Pasión y Resurrección del Señor. Por eso se dice que el Rosario es para el común de los fieles lo que es el Divino Oficio para los clérigos.

Después de encargar la Reina del Cielo a Santo Domingo, en el siglo XIII, la propagación del Rosario, hizo a fines del siglo XV, al Beato Alano, Dominico, grandes promesas en favor de los que practicasen esta devoción, que había decaído mucho de aquel fervor a que la habían llevado las predicaciones y prodigios del santo Fundador. Se apareció la Virgen al Beato, le colocó un Rosario en el cuello y le dijo: "Cuando mi siervo Domingo propagó la devoción de este rezo, fué tal la reforma del mundo, que parecía que los hombres se habían convertido en ángeles, y no era considerado como buen cristiano el que no lo rezase. Tengo gran deseo de la salvación de todos los fieles, y la podrán conseguir fácilmente con el Rosario".

Dicen las crónicas que el Beato Alano fué fiel instrumento de las órdenes que le dió la Reina del Cielo. Consagró quince años a poner en ejecución los planes de Dios, abrasado por el celo de la salvación de las almas y haciendo grandes prodigios, hasta conseguir que esta devoción alcanzase gran parte de su antiguo esplendor; pero, como las malas inclinaciones del linaje humano lo llevan siempre a apartarse de las cosas santas, fué necesario que los Sumos Pontífices encareciesen a los fieles la práctica de esta devoción, consagrando a ella de un modo especial el mes de octubre y enriqueciéndola con indulgencias.

Dice el Abate Texier que León XIII, "impresionado por la vida y escritos del Beato Luis María Grignon de Monfort, cuya beatificación preparaba, se sintió vehementemente movido a predicar a la Cristiandad el Santísimo Rosario".

Copiemos, por tanto, un párrafo de la obra más célebre de dicho Beato, titulada "El secreto admirable del Santísimo Rosario, para convertirse y salvarse".

Hemos de advertir antes, que cuando habla aquí de la salvación de los pecadores, no se entiende de aquellos que hacen paces con su pecado, sino de los que luchan para vencerlo.

"Si sois fieles, dice el Beato Luis, en rezar devotamente el Rosario hasta la muerte..., a pesar de la enormidad de vuestros pecados, creedme: recibiréis una corona de gloria que no se marchitará jamás. Aun cuando os hallaseis en el borde del abis-